



## **La Chimba del Valle del Mapocho: historia de una alteridad en construcción (siglos XVI-XIX)**

The Chimba from the Mapocho Valley: A history of an otherness under  
construction (XVI- XIX century)

PAULO ÁLVAREZ<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile; palvarez@academia.cl

---

### RESUMEN

En este trabajo se investiga la construcción geográfica del territorio de la Chimba desde una perspectiva histórica. Los componentes que configuran la Chimba, al norte de Santiago de Chile, se desarrollan desde cuatro perspectivas sociales que retratan los principales aspectos que le dan vida a ese territorio, su construcción y modo de habitar la ciudad. El primero se refiere a la Chimba desde el tiempo de la Conquista hispana hasta el ocaso de su dominio colonial (siglos XVI-XIX). El segundo habla sobre el espacio territorial de la Chimba, sus habitantes y procesos migratorios. El tercero describe el rol simbólico del río Mapocho como elemento fronterizo que ayuda a reforzar la alteridad de las condiciones socioculturales, económicas y políticas entre el Santiago capital y la Chimba popular. El cuarto punto se detiene en el papel jugado por la iglesia católica como espacio monacal-conventual, proceso que responde a las definiciones estructurales de la institucionalidad eclesiástica como, a su vez, al poder formador y catalizador de la religiosidad popular. Se concluye que la Chimba se construye como un espacio con ritmos y vida propia en alteridad constante con Santiago, lo que acaba por remarcar su carácter popular y pluriétnico.

Palabras clave: Colonia, Conquista, Migrantes, Río Mapocho, Iglesia Católica.

## SUMMARY

In this paper investigates the construction of geographical territory of la Chimba from historical perspective. The components that configurate la Chimba, to north of Santiago de Chile, are developed from four perspectives that portray social the main aspects that give life to that territory, its construction and mode inhabit the city. The first point concerns to the Chimba, from Spanish Conquest until twilight of colonial dominion (XVI- XIX century). A second aspect claims about the territorial space, inhabitants and migratory process from the Chimba. The third element describes the symbolic role of the Mapocho river as a space that helps to reinforce the otherness which the sociocultural, economic and political issues were supported to raise among the powerful Santiago and the popular Chimba. Finally, the fourth point deals with the role of the Catholic church as a monastic-conventual instance; this process responds to the structural definitions stated by the ecclesiastic institutional, along with the former and driving force power of the popular religiousness. It is concluded that la Chimba is built as a space with rhythm and life by its own in a constant cotherness whith Santiago, which finishes emphasizing its popular and multiethnic character.

Key word: Colony, Conquest, Migrants, Mapocho River, Catholic Church.

---

## INTRODUCCIÓN

Mucho de los aportes lingüísticos de las lenguas indígenas están incorporados en nuestra lengua actual, uno de ellos es la palabra Chimba, de la cual no encontramos mayores diferencias con respecto a su uso y significado a pesar del tiempo transcurrido. Sabemos que lo más probable es que sea proveniente del área cuzqueña, según Rosales (1948)

*“Chimba viene del quechua, chimpa y significa el terreno, barrio o localidad situada al otro lado del río (...) el nombre de Chimba quedo circunscrito en Santiago desde el siglo pasado, a solo el barrio*

*comprendido de la calle Recoleta hacia el oriente y después a una sola calle, la “calle de la Chimba”, hoy Dardignac”.*

Habría que agregar que su uso no sólo se encuentra restringido a Santiago de Chile, sino que a toda la extensión que el imperio Inca dominó.

Desde distintas especialidades ligadas preferentemente a las ciencias sociales son numerosos los autores que han hablado de la Chimba de Santiago de Chile. Cronistas como Ovalle (1969), eruditos como Vicuña Mackenna (1926), historiadores como Guarda (1978) la mencionan a menudo pero de modo general. Otros, como

De Ramón (2000) y Salazar (1998) se refieren a ella en forma más integral ya sea a modo de libros de historia y/o artículos.

Aquí presentamos parte del transcurso histórico de la Chimba y con ella el de la ciudad de Santiago lo que, a nuestro entender, genera una soterrada pero inevitable alteridad que comienza a desarrollarse en la sociedad de Conquista cruzando incluso más allá del tiempo colonial. Ocupada primero por la cultura Aconcagua, conquistada y ocupada luego por los Incas y más tarde por los Españoles, la Chimba se convierte con éstos en un espacio al servicio de Santiago, asumiendo en lo inmediato un papel proveedor y de tránsito al servicio de la administración central que demoró bastante poco en revestir el lugar de todos los símbolos de poder que su conciencia política, social y moral reclamaba. La ocupación, usufructo y explotación del territorio, tendrá a partir del siglo XVI y hasta inicios del siglo XIX una impronta hispana, son sus condiciones y maneras las que desde un comienzo se imponen. El indio -y su cultura- no desaparece, pero ve claramente mermada su condición vital.

Entre los aspectos distintivos que le dan carácter a la Chimba, debemos mencionar su condición eminentemente popular, lo que no desconoce las construcciones arquitectónicas como las casas o las propiedades señoriales que ahí se afincaron, la presencia de iglesias, cofradías, conventos y monas-

terios y la presencia, en diferentes momentos, de inmigrantes provenientes de muchos puntos cardinales.

La otra orilla, la otra banda del río como el Inca le había llamado, asumía así un carácter distinto al papel y valor que éstos le habían impreso. Ya no primaba la mirada desde el norte hacia el sur, era al revés. Más allá de todos los intentos por connotar y ofrecer la alteridad de miradas que no dejan de tenerse en cuenta, el hecho es que el río provocaba que estos espacios tuvieran un consabido y extenso margen de autonomía desarrollado en forma paralela desde un punto de vista temporal a su vez que diferente desde un punto de vista sociocultural.

A la luz de este proceso, es posible entender la impronta que tendrá en la Chimba las instituciones religiosas ya como centro financiero, como ente catalizante de la feligresía popular o como poseedora de amplios paños de terreno más tarde donados, vendidos o expropiados, lo que cambiará lentamente la espacialidad del lugar.

## MÉTODOS

Se realizó una recopilación y análisis bibliográfico de documentos, reseñas e investigaciones previas, lo que permitió reconstruir los procesos de cambio de la Chimba en Santiago de Chile, en el periodo comprendido en-

tre el siglo XVI al XIX (ver referencias bibliográficas). Desde el punto de vista de las fuentes ocupadas, fueron importantes los insumos que se encuentran en la Biblioteca de la Recoleta Dominicana (BRD), en el Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional (AHBN) y en el Archivo del Arzobispado de Santiago (AAS).

Mucho del contenido de esta investigación debe su mirada a las impresiones dejadas por numerosos viajeros que pasaron por Chile, al trabajo de estudiosos de la historia y de las ciencias sociales con respecto a tópicos como las culturas preexistentes, las dificultades y problemáticas del proceso de Conquista en la construcción del modelo imperial en Chile y su posterior asentamiento durante la sociedad colonial. Para aspectos vinculados al territorio, habitantes, migración y otros referidos a las características del proceso de ocupación de la ciudad, se ocuparon las Actas del Cabildo de Santiago y las crónicas de los tiempos de la Conquista española (en BRD y AHBN). Respecto al papel desempeñado por la Iglesia Católica fueron importantes los datos ubicados en los Índices de bautismo, matrimonios y defunciones desde el año 1579 en adelante (en AAS).

Finalmente, con el objeto de dar vida a los paisajes humanos y naturales narrados sobre la Chimba, el ilustrador Claudio Elgueta reprodujo cada una de las figuras que aquí se presentan, halladas en el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile.

## RESULTADOS

### *LA CHIMBA, EL OTRO LADO DE LA SOCIEDAD DE CONQUISTA Y DE LA SOCIEDAD COLONIAL*

A la llegada de los españoles, la Chimba aparece como un territorio largamente ocupado, toponímicamente referenciado y conocido por los pueblos preexistentes. Las tierras llanas que desde el norte besan las aguas del Mapocho y cruzan frente al cerro San Cristóbal, el cerro Blanco y el cerro Renca, delimitan un territorio ocupado desde hace mucho tiempo. Los estudios arqueológicos realizados en el cerro La Huaca (Blanco) por Mauricio Massone (1978) dan cuenta de tazas y restos líticos hallados en la parte inferior de la cumbre lo que hace pensar en un lugar sagrado, propio de las culturas prealfareras asimiladas más tarde por los incas y luego por los españoles. El suelo arcilloso y su vegetación mesófitica era bañada en invierno por las terrosas aguas del Mapocho, que aumentado por las lluvias de invierno y los deshielos de verano, terminaban por formar surcos con dirección norponiente, justo en la misma dirección de uno de los principales senderos incaicos (ver más abajo).

Detrás de la toponimia quechua de la Chimba hay un proceso complejo y de larga duración que reconoce a la cultura Aconcagua como a los habitantes preexistentes de ese espacio: un grupo cultural que echó raíces más o

menos duraderas, poseyó una organización dual del territorio, poseía relaciones de intercambio y comerciales con grupos humanos de diferentes regiones hasta que fueron permeados y absorbidos cultural, militar y políticamente por el Imperio Inca. Serán éstos, como también lo hicieron en otras zonas donde se extendieron, los que otorguen la impronta con que el español conocerá el valle.

Diferentes estudios insinúan que al norte del Mapocho se erigió el sitio más relevante de la administración imperial del Collasuyo o sector sur del Tahuantinsuyu. El aporte Inca en la zona es indiscutible, extenso y variado, componiendo un patrimonio cultural, tangible e intangible de importancia. Estos aportes generan una riqueza escenográfica de valor, producto de sus canales de regadío y de terrazas, tambillos, fuentes ceremoniales, lugar de tolderías y rucas, gobierno y luchas de poder. La muestra más clara de que es así, es que de los muchos senderos que el Inca construyó como manera de asimilar, conectar y transportar expedidamente su dominio, uno de los principales es el que desemboca en el río Mapocho, (también llamado “Camino Inca Longitudinal Andino”) que conecta el río con puntos más australes y con el valle de Aconcagua hacia el norte.

Repetidas veces cronistas e historiadores señalan que la hueste de Pedro de Valdivia había salido en enero del año 1540 con un grupo de algo más de 120 españoles a los que se sumaron

en el camino otros tantos provenientes de huestes o empresas de conquista fracasadas. La hueste que escogió desandar los frustrados pasos del camino de regreso de la expedición de Almagro la completaban otras 1000 personas, entre ellas Inés de Suárez, muchos Yanacunas y una decena de negros que como los anteriores servían como cargadores, adelantados, mensajeros y agentes de todo tipo de servicio al español.

En poco menos de un año, en diciembre de 1540, Valdivia y su hueste se asientan en el valle del Mapocho

*“(...) aloxo en La Chimba, a la orilla del río, y a la parte del norte: y queriendo hacer allí un fuerte, y principio de ciudad, por jusgar el sitio aproposito; le salio el cacique Loncomilla que quiere decir cabeza de oro, señor de valle de Maypo a dar la paz, y le dixo: que no poblasse en La Chimba, que otro mexor sitio auia de la otra banda del río, a la parte del sur; donde los Ingas auian hecho una población, que es el lugar donde oy esta la ciudad de Santiago (...) en efecto, la ubicación de la Plaza Mayor, literalmente emplazada, al igual que allá, a escasas dos cuadradas del río...”* (Rosales, 1989).

Por cierto, la fundación de toda ciudad realizada por los conquistadores españoles poseía aspectos comunes y prediseñados que combinan aspectos materiales como la provisión de alimentos y mano de obra, con aspectos igual de estratégicos como un espacio suficientemente seguro para la protección de cualquier tipo de acción que los

amenazase. Las favorables condiciones geográficas (tierras llanas y abastecidas de agua), climáticas (clima mediterráneo) y la cantidad de población indígena que habitaba la cuenca, eran razones suficientes para considerar el lugar como óptimo, tal como se aprecia en la Figura 1. Gómez (2003), citando al cronista Carvallo, repite que el asentamiento definitivo en la actual plaza de Armas de la capital fue referenciado por los españoles así:

*“Nos han de ceder el terreno que corre alrededor del cerro Huelen*

*(Hoy Santa Lucía), ocupado por el cacique Huelen-Huala, que está aquí presente. En compensación de esta pequeña parte de tierra, le daremos para que se establezca lo que posee el pueblo de los Mitimaes del Inca, situado en Talagante, con la sequía que lo baña, y a ellos traeremos a vivir entre nosotros (...) El trecho denominado antiguamente como “paredones del Inca” o “tambillos del Inca”, ubicados en el área noroccidental de la ciudad cercano a la caja del río Mapocho y colindantes a las chacras de Diego García de Cáceres”.*

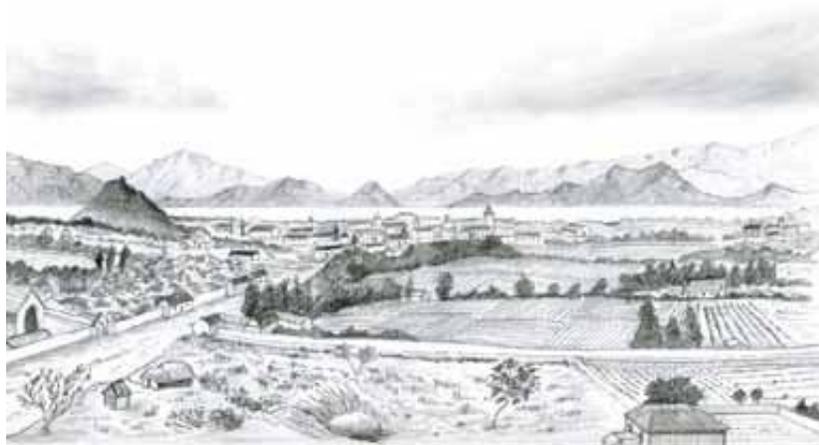


Figura 1, Vista de Santiago desde el Cerro Blanco, 1790. Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile. Autor: Elgueta, Claudio. Ilustración basada en la de Fernando Brambila.

Figure 1. Santiago view from Blanco Hill, 1790. Andrés Bello. Central Archive, University of Chile. Author: Elgueta, Claudio. Based on Fernando Brambila's illustration.

De esa forma, dos meses más tarde de su asentamiento original en la Chimba norte y ahora desde la plaza mayor, con cordel, se inició la traza de las calles y manzanas de alrededor que cobijó los símbolos de poder pri-

mordiales que desde ahí en adelante serán referentes hegemónicos de todas las manifestaciones políticas, religiosas, socioeconómicas y culturales de la sociedad dominante. En suma, a pocos metros de distancia pero separados por

un río de caudal intermitente, la hueste hispana de la Conquista se asienta tanto en la Chimba como en Santiago, formando para cada uno de los espacios actividades productivas, sentidos, perspectivas, población y componente social diferente. En la Chimba: indios de servicio, algunos con trabajos especializados, artesanos, circunscritos a las disposiciones impuestas por el conquistador hispano y en el que también habitan, según Mellafe (1959), agrupaciones de negros horros, mestizos de color, mestizos criollos y algunos españoles. Con dirección sur y en la otra vereda, los conquistadores: españoles enriquecidos o en intento de serlo, al servicio del Dios católico y/o su majestad, los reyes de España. La denominación Chimba queda circunscrita, casi exclusivamente a la banda norte del río Mapocho.

El núcleo de población preexistente a la llegada de los españoles que habitaba el espacio fundacional será trasladado o desplazado a las afueras del asentamiento central, eso sí lo suficientemente cerca para resolver cualquier tipo de necesidades y lo suficientemente lejano a cualquier forma de integración y/o participación en el diseño y conducción del proceso de conquista. En la Chimba, los españoles ocuparán y erigirán otro núcleo poblacional sobre el ya existente, compuesto básicamente por indios adscritos o de servicios, Yanaconas de la hueste de Valdivia, Mitimaes e indios locales alineados. Además, se apropiarán de tierras utilizándolas como sementeras

o zonas de cultivos estilo chacra, convertidas más tarde en viñas, quintas y solares. Con el tiempo, las primeras precarias construcciones habitables se convertirán en cómodas y amplias casas pertenecientes a conspicuos propietarios, colindantes con verdaderas poblaciones arranchadas compuestas por indígenas, negros, mulatos y mestizos. El proceso de donación y herencia de tierras desarrolladas por particulares genera la subdivisión, en un primer momento, en medidas cercanas a una manzana o solar paralelo al crecimiento de población asentada. En un segundo momento, el proceso de subdivisiones se intensifica y ya no será el solar sino que un cuarto de solar u otros espacios más pequeños los que se comienzan a explotar.

Con el paso del tiempo, el proceso de adscripción y toma de propiedad se torna sinuoso, la tierra como en otros muchos lugares del reino fue adquiriendo mayor valor y no necesariamente mayor productividad. Fue sometida a procesos de arrendamiento cuando los propietarios se dieron cuenta que les proveía de mayor rentabilidad que explotarlas como unidad. También, fue traspasada a otros particulares y preferentemente a instituciones eclesiásticas que adoptaron similares mecanismos de acción. O sea, fueron vendidas, arrendadas o donadas vía testamento, sin obviar el arranchamiento cíclico de grupos poblacionales de importancia como el ocurrido luego de Curalaba en 1598.

Los españoles se sirvieron de indígenas que desempeñaban oficios especializados. Mano de obra única para trabajos de mayor precisión y técnica depositando y estacionándolos justo a la orilla norte del río. También, se crearon unidades productivas derivadas fuertemente de la explotación de cordobanes y obrajes de paños como el perteneciente a Jerónimo de Molina en la zona del Salto, además de un molino trabajado por manos indígenas (Arana, 1930) y la pretensión de otros notables conquistadores en la zona como Rodrigo de Araya y Rodrigo de Quiroga. Retamal (2000) nos habla de la existencia de silleros, albañiles, carpinteros y sederos, que en algunos casos practican el comercio minorista o menudeo.

*“(...) estos artesanos un gran porcentaje está conformado por indígenas provenientes del Perú (...) en lo que parece ser una practica consuetudinaria de esos emigrantes venir del Perú a Chile, trayendo técnicas artesanales renovadas y un mejor y más acabado sentido estético. Estos artistas artesanos que aprendían su oficio en las múltiples escuelas de formación de artesanía que existían en el virreinato viajaban a Chile con el afán manifiesto de posesionare de un mercado para sus obras y progresar social y económicamente (...) La calidad de artesanía exportada encontraba su contrapartida en los artesanos de origen mapuche, que después de haber aprendido las técnicas de esa artesanía, sobresalían por la fineza y pulcritud de su trabajo”.*

Álvaro Jara (1961) y Gabriel Salazar (1985) refiriéndose al proceso laboral ocurrido en paralelo y a veces en la periferia del trabajo encomendero dominante en Santiago, sitúan la Chimba como un barrio popular poblado por artesanos independientes en su mayoría indios, quienes juntos a otros grupos raciales y españoles no enriquecidos continuaron existiendo al margen del sistema oficial de trabajo. Podemos concluir, que la Chimba terminó por formar un espacio; a) popular y marginado; b) caracterizado por el trabajo artesanal y c) étnicamente heterogéneo.

El estado imperial español arrasó con lo que fuese necesario en América en nombre de la evangelización. Los conquistadores lo hicieron en nombre de la Corona y se legitimaron a través de la “soberanía” del Cabildo. Cada Virrey, gobernador, miembro de la Real Audiencia u otro funcionario actuó en nombre del Estado imperial español y este por el de Dios. El asentamiento de la administración imperial estatal española en América significó, al mismo tiempo, liberar batallas genocidas contra los pueblos preexistentes, ocupar y quitar los territorios habitados por ellos, la imposición de nuevos símbolos de poder y nuevas formas de relacionarse, las más de las veces con mecanismos de coerción. También significó un cambio en las perspectivas. Era la aparición de un Otro distinto que posibilitó el hecho de (ad)mirar y automirarse, con todas las sensaciones que genera ese ‘descubrimiento’, sometimiento y fusión, intercambio y repliegue, siempre algo

nuevo para el Otro. Por ejemplo, desde el conquistador predominaba la idea de un espacio donde enriquecerse, donde cambiar su pobreza sin Don y su vivir de villano. Asimismo, para algunos fue un espacio mágico y supersticioso, que el imaginario y mentalidad del viejo mundo elucubraba sin precisión. Para algunos pueblos preexistentes significó luchas internas irreconciliables, un cambio de sometimiento y de ocupación del Inca por el español, una nueva forma de vivir y/o morir. Más allá de todo, un impacto irrecuperable desde el punto de vista demográfico y cultural.

Los españoles adaptaron o reprodujeron sus instituciones europeas y organización. Renovadas con los cambios dinásticos, moldearon el espacio durante cerca de trescientos años. En Chile se visibiliza con claridad dos momentos, La Conquista y La Colonia debido a los cambios económicos, políticos y sociales que uno y otro momento imponen. El primer período o modelo de sociedad va estar en conflicto con la realidad, un modelo de imposición que tiene al particular con amplias excepciones dentro de los demás territorios americanos, proceso que se retroalimenta en el país y es de larga duración. El segundo período, logra definir un modelo más claro y algo más estable. De mayor durabilidad en lo formal institucional y en las dinámicas de poder con que la sociedad se representa.

### HABITANTES DE LA CHIMBA

Las crónicas nos entregan datos disímiles de la cantidad de población que habitaba Santiago a la llegada de los españoles (entre 10.000- 25.000 habitantes), pero coinciden que terminando el siglo de Conquista la situación era desoladora, De Bibar (1966) dice: “(...) Cuando los españoles entraron en esta tierra había mas de veinte y cinco mil indios, e no han quedado en los términos de esta ciudad ni a ellos sirven, sino nueve mil indios, porque con las guerras pasadas y también el trabajo de las minas ha disminuido su parte” algo semejante señala Mariño de Lobera (1970) diciendo que los españoles al final del siglo XVI no superan los 500 y los indios los 7 mil.

Detrás de todos los datos referidos subyace un complejo demográfico que nos habla de las miserables condiciones de vida de la mayoría poblacional que habitaba el espacio conocido y conquistado y en particular sobre Santiago, donde amplios grupos sometidos provenientes de diferentes puntos geográficos habían llegado como desterrados de su tierra a la ciudad cabecera para convertirse en mano de obra. Indios Guarpes desde Cuyo y Tucumán, Aucaes de la guerra de Arauco, desde el norte de Chile o de Concepción y Chiloé (De Ramón, 2000) entre los cuales hacía el siglo XVII se contabilizaban entre el 3 al 10% de negros sobre la población total (Muñoz et al., 1992) y entre 20 a 25 mil a inicios del siglo

XIX (Guarda, 1978). Los obligados procesos migratorios y de adscripción a la tierra, la mano de obra cautiva y la desaparecida por muerte en guerra, maltratos de todo tipo, sobreexplotación, enfermedades, el uso indiscriminado de alcohol, el suicidio, el descenso de la natalidad, los procesos de mestizaje y la evasión de la población que logra efectivamente escapar fuera de los límites de dominio y control imperial explican su escaso crecimiento.

Los datos sobre Santiago y la Chimba marcan secularmente el papel agrícola de subsistencia, luego ganadero, productivo -dependiendo del mercado externo-, siempre popular y en transición urbana hasta inicios del siglo XIX. Santiago, *“contaba en tiempos del presidente O’higgins con un total de 314 manzanas, de las que 225 correspondían a la ciudad propia, 33 a los barrios orientales de santa lucia y 55 a los de la Chimba y los de Cañadilla”* (Vicuña, 1926). A finales del siglo XVIII, Guarda (1978), citando a Carmagnani y Klein dice: *“se arroja para el corregimiento de Santiago 21.318 españoles, 6.265 mestizos, 5.456 indios, y 7.568 negros y mulatos: un total de 36.607 almas”* coincidiendo con el censo de Jáuregui que le da en 1778 un total de 27.148 habitantes.

*“constituye la zona de mayor concentración la feligresía de La Chimba, al norte, que depende de la parroquia de Renca, se diluye gradualmente hasta concluir en Chacras y quintas casi despobladas (...) Por pertenecer a ella la*

*zona cada vez más urbanizada de la Chimba”.*

Santiago se constituyó, sin oposición en la capital de la capitanía general de Chile, luego de los hechos acaecidos en Curalaba. Todo indica que mucha de esa población, que había perdido lo acumulado hasta ahí en tierras, encomiendas y procesos productivos de diferente índole, y a pesar de ser blanca y española, fue ubicada en la periferia de la ciudad, pues habían perdido los elementos que constituían su poder.

*“Al respecto, sabido es que en Santiago, desde la fundación, existía un barrio especialmente acondicionado para la habitación de los indígenas en la chimba y por tanto el que algunos posean allí solares no tiene el mismo valor que el poseerlo en la planta española de la ciudad.”* (Retamal, 2000)

Desde ese momento comparten con los indios (artesanos, mano de obra cautiva y evangelizada) el lugar, produciendo mezcla biológica y cultural, conformando un grupo social escasamente dueño de nada material.

Sí el componente sociocultural que se asentó en la Chimba conformaba, como dice De Ramón (1981), *“el inicio de las barriadas periféricas que habrían de mantenerse hasta los tiempos modernos”*, no era posible decir lo mismo con respecto a sus límites espaciales, imprecisos hasta por lo menos el siglo XIX, cuando éstos terminaron de formar una especie de cuadrante compuesto por El Camino de Chile o Inde-

pendencia por el poniente, Recoleta o las faldas del cerro San Cristóbal por el oriente, el río Mapocho por el sur y los cementerios por el norte.

Hacia el siglo XVII se aprecia, según Muñoz et. al (1992), muchas familias “fundadoras” que poseen propiedades en la Chimba, las cuales dan paso a procesos de compra, arriendo y ventas de propiedades que por lo general toman la forma de chacras, viñas o solares. Proceso que se intensifica en la medida que las coordenadas mercantiles del sistema se masifican, usufructuando el uso de censos (porcentaje en dinero, supuestamente, correspondiente al indígena), haciendo complejo el conocimiento sobre la relación habitante y propietario de ese espacio. Con los datos proporcionados por Armando De Ramón (1961, 1981) y Julio Retamal (2000) podemos rastrear, en parte, lo que fue este proceso. En él se mezclan españoles e indígenas, muchos de ellos situados en la Chimba desde que Valdivia hiciera el primer repartimiento.

Lo que muestran los testamentos coloniales indígenas en relación a los que vivían en la Chimba es la significancia que había adquirido la posesión de tierra y las usanzas españolas como parámetros válidos de reconocimiento e integración, aunque desigual, del sistema. La aceptación, no sólo de un modo de heredar, la propiedad y sus alcances materiales, económicos y productivos, sino de adaptación al modelo de fe impuesto, haciendo mención, en

algunos casos, a cofradías y censos ligados a congregaciones religiosas (Retamal 2000).

Se habla de distintas posesiones, fundamentalmente de solares y viñas. Se debe tener presente que, en un primer momento (siglo XVI), lo que hay dentro de la propiedad (insumos, herramientas, animales, esclavos e indios) es más valioso que la tierra, cuestión que se modifica una vez que la sociedad colonial -a fines del siglo XVII y principios del XVIII- asienta una tradición donde la tierra es valorada por el estatus y rentabilidad productiva que generaba (De Ramón 1981).

Numerosos testamentos hablan de los lugares desde donde provienen los que están testamentando, de donde obtienen el terreno, de los límites de la propiedad, de los objetos y productos que explotan. Es una verdadera reseña de lo que poseen, deben y desean que ocurra con sus bienes, así como una pequeña biografía de su vida y muchas veces de su entorno familiar y social más inmediato. A la hora de las delimitaciones y en repetidas ocasiones, se nombra el río y el nombre de otras personas como referente territorial de propiedad, la mayoría indígenas con nombres castellanizados. A su vez, casi nadie dice poseer ni heredar dinero y nadie posee ni hereda esclavos u otras personas, haciendas o propiedades en otros lugares como si ocurre en testamentos de la elite de la época (como en el caso de la Quintrala) (De Ramón, 1981, Retamal 2000).

Podemos decir que los que testamentan desde la Chimba provienen, preferentemente, desde el Cuzco, Guayaquil, Jauja, Perú o son nacidos en territorio chileno. Su condición o actividad es de Yanacona (indio de servicio), zapateros, sastres, trabajadores de la tierra y mayoritariamente artesanos. Con respecto a la heredad, ésta queda en manos fundamentalmente de su propia familia y en no pocos casos del patrón o empleador español, incluido curas. Con respecto a las propiedades se habla de solares, viñas, casa de teja o de paja. Con respecto a los productos se hace alusión a árboles frutales, olivares, viñedos, lagares, barriles, tinajas, bodegas de aceitunas, pescado seco, carne, artículos de montar. Entre los nombres de las personas propietarias y residentes destacan muchos indígenas castellanizados: Antón Guamantaguisa, Petrona Palla, Gaspar Guanca, Juan Chico, Ysabel yndia, Leonor Titima, Pedro Poma, Juan Cayo, Pedro Horro,

*“También poseyeron solares en la Chimba: Juan Obispo, uno plantado y edificado; Luisa de Araya, un pedazo de tierra junto a lo de Pedro de Silva; Constanza de Aguilera, un cuarto de solar con cuatro varas de tierra anejas; José Ignacio de León, uno que adquirió de la ciudad”* (Retamal 2000).

En un artículo titulado “Los censos y el desarrollo agrícola de la región central de Chile durante el siglo XVII. Una hipótesis de trabajo” (De Ramón 1981) muestra cómo los censos de indios, sistema de crédito o financia-

miento administrado por congregaciones religiosas, se constituye de hecho en el sistema usufructuado por los españoles para desarrollar sus negocios en especial durante la época colonial. Muchos de ellos a la hora de concretar la deuda deben dar cuenta de sus posesiones o bienes. Esta situación resulta particularmente importante porque es congruente con lo señalado en párrafos atrás, en relación a que la Chimba constituye un espacio residencial eminentemente indígena con trabajo o actividades rurales. Asimismo, demuestra la existencia de un mercado activo en términos de inversión y acumulación especulativa ligado a un capitalismo creciente, lo que da cuenta del papel jugado por las congregaciones religiosas a través de sus conventos, verdaderas casas de préstamo y en especial la de Santo Domingo, una de las principales poseedoras de estos censos y de terrenos en la Chimba.

La mayor parte de estos censos permitieron financiar empresas de carácter agrícola que en la medida que avanzó la Colonia, reduce a la Chimba y al sector norte de Santiago a un espacio cada vez menos activo en relación a otras actividades económicas. De Ramón (1981) señala tres aspectos que explican esta situación: a) el crecimiento de la zona sur y oriente de la ciudad producto de la abundancia de aguas y al cultivo de trigo, de frutas y a la chacarareria. b) la ocupación de los dominicos, dueños de amplias extensiones de terreno en la zona. c) las

crecidas del río Mapocho que durante un momento del año solía dificultar el acceso expedito entre las dos orillas.

Es posible decir que las propiedades son heredades de muchas familias, personas y conventos. A medida que avanza el tiempo los terrenos son menos amplios y ya no se deja una chacra o viña sino que un solar o una parte de solar.

Interesa destacar que éste es un espacio valorado por la sociedad de Conquista como un territorio de insumo y de actividades productivas, cuestión que cambia durante la sociedad colonial donde el territorio, si bien sigue siendo un espacio productivo y bien de cambio económico, tiene una marcada presencia monacal y una zona residencial habitada por sectores populares.

#### *LA CHIMBA COMO ESPACIO DE MIGRANTES*

La condición de ser trabajadores especializados, artesanos, minestrones, no cambió la posición subalterna de la mayoría indígena que componía la población de la Chimba. El sistema colonial se caracterizó, a diferencia del tiempo de Conquista, por hacer sentir su peso simbólico y político de una manera más intensa y concreta. La sociedad colonial asumía de hecho el proceso encomendado por las autoridades españolas desde la Metrópoli con lealtad. No por eso anulaba un sentimiento

de agobio sobre lo que entendían eran sus derechos basados en el mérito, la lucha y la propiedad. Hacia la mitad del siglo XVIII, la presencia política-administrativa española en Chile intentó ser más concreta. La Corona se pronunció con respecto a diferentes materias, estableciendo, más allá de las tasas, la posición jurídica y la defensa del indio. Creó disposiciones normativas que sistematizaron la relación hispano-indígena e intentó procesos de modernización con el objetivo de mejorar las comunicaciones y descentralizar la administración.

A pesar de lo anterior, la oligarquía criolla nacional -como la de su par continental- había desarrollado la necesidad de independencia económica y una clara división social con símbolos de presumida distinción. Quería sentir el poder de elegir dónde y cómo vender, deseaba rentabilidad económica total, negociar con las grandes potencias y mercados. Desde ahí, la oligarquía se hizo eco de un proyecto como cuerpo independiente y no como comunidad nacional. La elite blanca, masculina y criolla invisibilizó a los diversos grupos étnicos locales y dificultó su capacidad de movimiento. A su vez, propició la llegada de migrantes o viajeros extranjeros provenientes de Europa, en un país donde su presencia era exigua y temporal (no más de 80 a fines del siglo XVIII) y donde el número de mujeres de todos los grupos étnicos y estado civil era mayor que el de los hombres.

Como las amplias mayorías de la sociedad colonial, los pobres urbanos de la Chimba no pudieron otorgar lugar a sus hijos, generando una migración humana sin destino definido. La población va viviendo procesos de sincretismo acelerado asimilando las costumbres, hábitos y creencias que los dominadores españoles imponen. Comienzan a constituir un grupo heterogéneo en su asentamiento, a su vez, homogéneo por su condición social pobre y tipo de actividad variada, sin una tarea única a no ser la de minestrón. Los que habitan en la Chimba van desde desplazados por orden del Cabildo de la ciudad a grupos que toman sitio o que son arrendatarios del mismo Cabildo, particular o monasterio, configurando, como en muchos otros lugares, un asentamiento de sectores sometidos a las órdenes de un patrón que compra y mantiene la propiedad.

Los fugitivos, siguiendo el camino emprendido hace rato por numerosos grupos indígenas y de negros huían hacia la Araucanía y hacia la cordillera. Aquellos que no se quedaban atados a la compulsiva mano de obra de las minas o del agro, asumían tareas de control en faenas de la propiedad, o bien pululaban indiscriminadamente en todas direcciones. Góngora (1970) habla que el vagabundaje chileno era a caballo, no tener uno significaba la mendicidad, pues significaba estatus, medio bélico, poder. Generando un fenómeno de transculturación.

De un lugar a otro sin rumbo determinado, muchos hombres convirtieron el vagabundaje en su experiencia vital, permanente. Entendieron en la trashumancia la forma de sobrevivencia que los alejaba de la coerción patronal, institucional y social, aprovechando los recovecos o espacios del limitado -y tenaz- poder estatal.

*“En las matriculas aparecen designados como “fugitivos” y “huídos”. Fue el grupo que no logró acondicionarse a las nuevas modalidades de vida impuesta por el traslado a las estancias, haciendas o minas, y que aumentará el número de mestizos en detrimento del indígena.”* (Carmagnani, 1963).

“vagantes, deambulativos, malentretenidos, ociosos, vagamundos-vagabundos” llegaban sin cesar a la Chimba. Hacia fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, este tipo de situaciones suele intensificarse, Salazar (1998) dice que la mayor cantidad de personas se alojó “(...) especialmente en la ribera norte del río: “sitios de Petorca”, Recoleta y cañadilla (“La Chimba”): la ribera sur-poniente del río (“barrio de Guanguali”).

#### *EL RÍO MAPOCHO Y LA CONSTRUCCIÓN DE ALTERIDAD ENTRE LA CHIMBA Y SANTIAGO DURANTE EL SIGLO XIX*

La gente es la que hace la ciudad, pero ésta suele estar marcada por construcciones naturales que le otorgan se-

llo y configuran su arquitectura humana y material. Si pensamos en los componentes naturales anclados en la Chimba, pensamos en los cerros que constituyeron por mucho tiempo un ancla referencial en el orden de las cosas para los pueblos preexistentes y más tarde para el diseño de la ciudad. Sin embargo, son numerosísimas las fuentes que mencionan la importancia del río Mapocho; como límite norte de la traza urbana de la ciudad de Santiago, como límite sur de la Chimba, como recurso vital de consumo -aunque con ciertas precauciones- humano, como elemento esencial para el consumo del ganado y de riego, como troncal alimentador de canales como el del Salto y desde donde las acequias que limpian las calles brotan. Se le describe también como caudal intermitente, desordenado, encabritado e indomable. Por ejemplo, el Cabildo habla de poblaciones arranchadas que eran dañadas con las avenidas del río, entre las que se cuentan las descritas por Sor Tadea (1862) en el año 1783 donde fueron afectados gravemente los pobladores, propiedades y mercaderías. La quinta del Corregidor Zañartu, el Convento del Carmen Bajo de San Rafael. Además de echar por la borda los continuos y, para algunos, excesivos gastos que los tajamares y otros arreglos habían significado.

El río Mapocho es un referente del trazado urbano de Santiago y de la Chimba. Guarda (1968) dice que el asentamiento de la ciudad debía ocurrir: *“a la una parte del río en cuyas márgenes se forma el pueblo”*, al que

le servirá de límite, teniendo continuas llanuras aptas para el cultivo, *“amenas y fructíferas”*. Se preferirá el terreno regado o regable previniéndose la construcción de acequias en todas las manzanas: *“logrando por este medio los pueblos unos aires muy puros y una limpieza incomparable”*. *Iniciado el reparto y traza, se destinarón inmediatamente dos o tres cuadras próximas para cultivos de frutos del “mantenimiento diario de los labradores”*.

Los documentos, crónicas y antecedentes recabados sobre la Chimba parecen describirla, por momentos, más que como un barrio ubicado en las afueras de Santiago, como una ciudad que nace desde la ribera norte del río y que posee coordenadas sociales, culturales y patrimoniales propias. La “otra” ciudad tiene sello plebeyo, vida popular, morir de pobre a diferencia de la predominante ciudad de Santiago. La idea de ciudad paralela se basa en la trayectoria temporal y espacial que Santiago y la Chimba comparten. La idea de ciudad se refuerza tanto por los diferentes servicios que desarrolla como por el gran número de habitantes que la ocupan.

De una orilla a otra del río Mapocho, la Chimba y Santiago se miran de frente. El otro lado del río comenzaba a coincidir con la idea de “un otro” que tiene un lugar definido, que habita de una manera diferente, desarrolla otras actividades, tiene otros juegos, tertulias, formas de vestirse, otras prácticas sociales y maneras de vivir la religiosi-

dad. En suma, otras formas de ser y hacer que construyen alteridad. “Otros”, distintos y distantes que se tratan por la necesidad recíproca de servicios y de trabajo, pero fundamentalmente porque son los habitantes de un mismo espacio.

Las preocupaciones con respecto a los peligros que afrontan “las dos ciudades” son similares o son impuestas por los intereses de la ciudad de Santiago (terremotos, inundaciones, ataque de los indios, plagas, enfermedades) pero las condiciones para enfrentarlas resguardaban con ventaja más a los que habitaban hacia la ribera sur del río (Santiago) que los que habitaban la ribera norte (Chimba), debido a que las instituciones principales políticas y religiosas, la población enriquecida y las autoridades se ubicaban en el plano céntrico de Santiago, mientras que la Chimba estaba fundamentalmente compuesta, con claridad hacia inicios del siglo XIX, de población subalterna. Las preocupaciones propias de los habitantes de la Chimba eran, además de lo expuesto, cumplir con su rol de abastecimiento de productos agrícolas, servir de conectividad con otras zonas aledañas, servir al pago de peajes por ser zona de tránsito y versar sobre la heredad de sus terrenos.

Los procesos gruesos que la ocupación y trabajo de la tierra viven, referida en distintos estudios sobre la propiedad y formas de ocupación (Góngora, 1970; Salazar, 1985; Bauer, 1994) como encomienda, inquilinaje,

arrendatarios, tenencia y otros parecen no reflejar íntegramente el proceso propio del sector que ocupa la Chimba ¿se trata de otra forma de ocupación? Parece que para entenderla, hay que acercarla a la idea del territorio efectivamente ocupado, (excepcional dentro de la situación país) periurbano, con espacios vacíos alrededor que lentamente se va habitando por inmigrantes de identidades diversas que marcan la localidad y su paisaje arquitectónico hasta la actualidad.

Las Actas del Cabildo de Santiago de fines del siglo XVIII hablan de constantes permisos de construcción u ocupación del suelo de la Chimba, extendiendo sus márgenes y sus actividades con la construcción de bodegas o almacenes de pólvora. El siglo XIX complementará este esquema con la pérdida paulatina de terrenos y propiedades por parte de conventos y congregaciones religiosas y el traslado de algunas de éstas a otros lugares más aislados. Aparecen chimeneas humeantes, locales comerciales, poblaciones que entre cementerios y hospitales dejan asomar carnicerías, curtiembres, basurales, empedrado de calles, construcción de plazas, sociedades organizadas en torno a algún oficio o insinuación de movimiento social y clubes políticos. Síntomas, todas ellas, del proceso preindustrial de la capital.

*LA CHIMBA MONACAL-CONVENTUAL-CENSAL*

La iglesia católica penetró en todos los lugares donde llegaba el conquistador hispano, fue bandera de lucha y cabeza de avanzada a muchos territorios inexpugnables, fue una pieza clave en el proceso de aculturación y sincretismo cultural en América y en muchos casos en forma más personal que institucional, se jugó por la defensa y promoción de los derechos de los pueblos originarios. La iglesia otorgó legitimidad ideológica al proceso de conquista, y operó de hecho como la institución encargada de unos de los objetivos primeros de los españoles; la evangelización, basada en la idea de entregar los preceptos de lo que sería la única fe verdadera, controlando e influenciando los mecanismos de poder como por ejemplo, el reconocimiento de tasas, el aseguramiento del patronato eclesiástico, el control de censos. Incluso, para el caso de Chile, influenciando en las estrategias de guerra que se dieron (guerra defensiva) en contra del indígena. En suma, la iglesia católica a través de sus instituciones fue espacio de acogida, pero también de aculturación, espacio de solidaridad pero también de negación.

La iglesia católica era fundamentalmente española-europea, tenía una política de inserción excluyente hacia elementos raciales no blancos o socialmente bajos (Salazar, 1998), igual que otras instituciones jerárquicas de poder como la administración pública

imperial y la oficialidad del ejército. Su impronta es visible en la fundación de ciudades, pueblos y empresas: Santiago, Concepción, las calles del centro fundacional como Merced, Agustinas, Santo Domingo, Compañía, Catedral, Huérfanos, Capuchinos, San Francisco, Carmen o lugares como Santa Filomena de Patronato, Recoleta (del latín recogerse), Dominica o el cerro San Cristóbal del sector de la Chimba lo demuestran.

Reseñas de distinto tipo podemos hallar sobre el proceso de ocupación religiosa en la Chimba, Por lo general breves y parciales, dan cuenta de terrenos donados por Pedro de Valdivia, asumidos, finalmente, por los padres Dominicos. Se habla del asentamiento de Agustinos, de Franciscanos, de las religiosas de las Carmelitas Descalzas del convento del Carmen Bajo de San Rafael. Se menciona la construcción de la ermita de Montserrat, más tarde la Viñita, de capillas, beaterios, iglesias, casas de ejercicios, cofradías y conventos de gran significancia hasta fines del siglo XIX, incluso de espacios de acogida y promoción de un incipiente movimiento obrero (Iturriaga, 1999). Por motivos diversos, fundamentalmente de orden económico, de constructibilidad y de definición espiritual-pastoral muchos de estos emplazamientos serán abandonados, trasladándose a otros lugares.

La primera orden religiosa en asentarse en la Chimba fue la de los Dominicos, en el lugar que luego se

conocería como Recoleta Dominica. En los Cuadernos históricos Dominicanos se habla con detalle al respecto aclarando que fue Bartolomé Flores, quien hizo la primera donación a los padres de Santo Domingo de un solar al otro lado del río Mapocho, colindante con la propiedad de Don Pedro de Valdivia y Hernando de Vallejo, el día 24 de noviembre de 1557. FR. Gil tomó posesión de esta chacra el 10 de enero de 1558, según escritura pública, haciendo entrega de ella por el teniente gobernador Diego de Meza. Meses después, el 22 de agosto de 1558, otro vecino importante de la ciudad, Rodrigo de Quiroga y su esposa doña Inés de Suárez, quienes habían fundado en la cumbre del cerro Blanco una ermita dedicada a nuestra señora de Montserrat, regalaron los terrenos antes pertenecientes al gobernador Don Pedro de Valdivia con la condición de establecer ahí una capellanía en su honor.

*“(...) los límites de esta propiedad eran los cerros de la cadena del San Cristóbal, del Salto del Soldado y Huechuraba y los terrenos al norte del río Mapocho. Según los nombres actuales, todo el barrio de la Recoleta hasta los cerros del norte y poniente y el barrio de Independencia completos.”* (Ramírez, 1985)

este lugar, continua el texto, fue escogido para fundar un convento de “*estricta observancia religiosa*”, de casa de recogimiento espiritual, que se llamó después Recoleta 1753, es el año en que se estableció el convento y la

iglesia de la orden, hoy conocido como Convento Viejo.

El segundo asentamiento, fue de tipo monacal y data del año 1601; San Juan de Sahagún, perteneciente a la orden de los Agustinos tenía por objeto, además, servir de hospedaje a los huéspedes camineros de diferentes lugares, ser espacio de retiro y oración. Aparentemente la dificultad de mantener a los escasos monjes existentes en un espacio mayor que sus necesidades lo obligó a cerrar en el año 1640.

El tercer asentamiento monacal-ecclesial, es la Recoleta Franciscana;

*“(...) hacía poco que don Nicolás García había adquirido por compra una buena extensión de terreno edificado, donde se levantaba la ya nombrada capilla de Aguayo, incluida esta, y aquí fue donde aquel empezó los trabajos de la nueva fundación, en el año de 1643. Tanto la capilla como las casas existentes en las cuales habitaba últimamente García, fueron destruidas para ser reemplazadas por claustros y demás construcciones del caso.”* (Rosales, 1948)

Ya el vecindario estaba crecido y si bien el terremoto del año 1647 asoló todo, las construcciones y los proyectos de habitabilidad continuaron.

*“la generosidad del Maestre de Campo Nicolás García (...) no se contentó con la entrega de la propiedad, sino que a sus expensas construyó los edificios necesario y el templo de lo que sería la Recoleta Franciscana, ubicada en el*

*barrio de la Chimba donde todavía se encuentra. Al lado del río, en los inicios de la calle que lleva su nombre, un número de religiosos empezó la experiencia de una vida de recoletos en 1645.”* (Barrios, 2003).

Hacia la mitad del siglo XIX, en 1845, y luego de dos años de trámites comenzó la reestructuración de la iglesia de la Recoleta Franciscana por el maestro y arquitecto autodidacta, Fermín Vivaceta.

El Monasterio de las Carmelitas Descalzas del Carmen Bajo de San Rafael corrió por cuenta de una de las personas más enriquecidas y temidas de la ciudad; Luís Manuel de Zañartu, el corregidor

*“con su presidio de fieras, que solo a él obedecían (...) era dueño de la famosa Quinta de Zañartu, a la*

*bajada del puente hacia el barrio de la Cañadilla, donde uniendo el deleite con el negocio y el misticismo, edificó una casa de campo que todavía se conserva, unos famosos molinos y después el monasterio del Carmen de San Rafael que fue cuna y sepultura de sus dos hijas, única prole que alma tan dura quiso dar el cielo”* (Vicuña, 1926).

Con autorización real e imponiendo condiciones de deferencia exclusiva a su persona, Zañartu invirtió en un suntuoso monasterio (ver Figura 2), donde pronto acudirían las hijas de las más conspicuas familias de la sociedad chilena. No fue el monasterio, al que después se uniría una iglesia, ni la Casa o Almacén de Pólvora los únicos ni más conocidos servicios realizados por el corregidor a la ciudad de Santiago, sino la construcción de algunos de los taja-

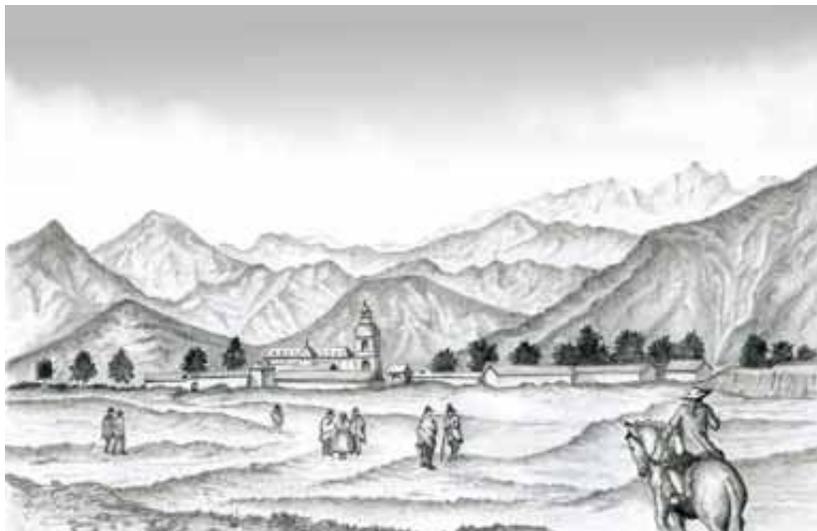


Figura 2. Vista del Carmen Bajo. Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile. Autor: Elgueta, Claudio. Ilustración basada en la de Joseph del Pozo.

Figure 2: Carmen Bajo View. Andrés Bello. Central Archive, University of Chile. Author: Elgueta, Claudio. Based on Joseph del Pozo's Illustration.

mares y del puente Cal y Canto sobre el río Mapocho, obra que financió y dirigió entre 1765 hasta su muerte ocurrida en 1782.

En suma, magníficas construcciones religiosas como las Recoletas Franciscanas, Dominica y el Monasterio del Carmen Bajo de San Rafael datan del tiempo colonial. Personajes conocidos como Pedro de Valdivia, Rodrigo de Quiroga, Inés de Suárez, el corregidor Luís de Zañartu tendrían en común no sólo su fama o algún tipo de propiedad en la Chimba, también la mayoría de ellos destinó suculentas sumas en obras pías. Desde muy temprano, la Chimba será asumida como espacio monacal. *“Todos estos templos tuvieron como característica común que se alzaron en barrios modestos que comenzaban a surgir de subdivisiones de terrenos hechos al sur y al norte de Santiago por los dueños de chacras que existían en esos arrabales”* (De Ramón, 2000).

La ciudad tenía una gran cantidad de iglesias, monasterios, conventos, capillas, ermitas, parroquias y centros de observancia y prácticas religiosas. La reproductividad de este tipo de espacios pasaba por el carácter que la religión tenía como símbolo de poder, aún en ese entonces, confundido claramente con las definiciones políticas y con las actividades económicas

*“la mayor parte de los autores han hecho hincapié en el traspaso de las rentas de la tierra a las instituciones eclesiásticas, que se habrían constituido en el banco hipotecario*

*de Hispanoamérica. Arnold Bauer considerando la situación en México y Chile, fue uno de los primeros en demostrar que la superaciones crediticias de largo plazo se realizaban a través de préstamos otorgados por los conventos, dinero que provenía de los principales o de los censos consignativos de capellanías y de obras pías”* (Horvitz, 1998).

De Ramón señalaba que éstas se comportaron más que espacio de acogida como verdaderas casas de préstamos a aquellos sectores sociales que pueden acreditar algún tipo de bien, dando estímulo al desarrollo agrícola de la zona central del país y el crecimiento urbano de Santiago, recalcando

*“estas cantidades alcanzarán su verdadera dimensión si podemos algún día sumar los créditos otorgados por la Caja de Indios y por los conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y La Merced. Los indios, por ejemplo, habían prestado hasta el año 1646, 70.635 pesos y 5 reales según el Obispo Villarroel. Sumas superiores debieron prestar los otros conventos de Santiago”* (De Ramón 1961).

Una iglesia con esclavos y sirvientes, con arriendos y cuentas comerciales, una iglesia como institucionalidad de poder hegemónico en materia de dogma y de preceptos morales.

*RELIGIOSIDAD POPULAR*

En ese ayer y en la misma Chimba de conventos y monasterios crediticios se levantan otras formas menos clericales y pomposas que muchas veces se expresaron en términos individuales y que el fervor de la fe popular se encargó de mantener presentes. La estatura que alcanzaron personas como Fray Pedro De Bardeci (De La Cámara, 1973) durante la segunda mitad del siglo XVII y Fray Andresito durante el siglo siguiente, hermanos mendicantes de la orden franciscana, para las muchedumbres de la Chimba fue significativa. Entre ambos podemos anotar ciertas coincidencias; fueron llamados padres de los pobres, aparte de ocupar otros muchos oficios, fueron porteros y limosneros de su congregación en La Recoleta Franciscana, ambos ganaron la admiración y devoción de todos los sectores sociales de Santiago y de sus coetáneos de oficio, a ambos se le adjudicaron milagros y hasta bien entrado el siglo XX, habían sido los únicos religiosos que desarrollaron su acción en Chile a los que el Vaticano había levantado procesos de canonización. No es casual que el nombre donde estaba el antiguo Puente de Palos -hoy reemplazados por el acero y el asfalto- se llame Fray Andresito y que la mayor parte del público actual que acude a la iglesia de la Recoleta Franciscana anime su fe, sus gracias y piadosos favores con velas y testimonios de devoción concreta por el favor concedido en una gruta al interior izquierdo de la misma iglesia.

Si bien es cierto, hablamos de un contexto donde la religión no alcanza a ser discutida ni interpelada a no ser como dogma, queda claro que sus prácticas fueron valoradas y admiradas. Su acción humilde y generosidad evangélica conmovió a un número importante de población, quienes encontraron vetas más cercanas y cómplices para ser entre medio de la gente sencilla de la Chimba y su manera de vivir.

Ante esas mismas expresiones concretas de una espiritualidad activa al servicio de los otros muchos; comunidades y sociedad toda, se aprecian varias iglesias que se confunden y coexisten. ¿No es el caso de las misiones y misioneras/ros que cruzaron, con condiciones muy básicas cada uno de los lugares donde existían grupos originarios? y sí bien muchos se comportaron como los primeros vehículos de aculturación y dominación, también hubo muchos que se jugaron en su protección, defensa, integridad y promoción de los más desvalidos.

¿Cuál habrá sido el rol de cada una de las iglesias y monasterios que se dieron cita en la Chimba? Más allá de las disposiciones centrales y objetivos estratégicos propios del Arzobispado de Santiago, ¿impusieron un rol distinto? Sabemos que los Dominicos, los Franciscanos, los Agustinos, las monjas del monasterio del Carmen Bajo de San Rafael deseaban, en un primer momento, habitar un lugar tranquilo, alejado de la ciudad, que les entregara posibilidades de evangelización y con-

tacto con los grupos humanos que no conocían la fe católica. Deseaban un espacio donde mejor desarrollar una vida contemplativa y/o mendicante, donde trabajar la tierra y entregarse a Dios. A fines del siglo XVIII, en el lado poniente de la Cañadilla habitaban o tenían propiedades algunos obispos, razón por la cual la gente le llamó “barrio de los Obispos”. ¿Qué sucedió después, en un segundo momento? Lo cierto, es que en el mismo momento en que otras congregaciones y religiosas hacían su entrada a la Chimba, otras órdenes se estaban yendo y la secular impronta religiosa que el espacio chimbero había adquirido parecía desvanecerse.

Las iglesias, los conventos, los monasterios, los frailes piadosos y milagrosos, las cofradías danzantes, las viñas, los huertos, los talleres de los artesanos que poblaban los arrabales y ranchos populosos, al lado de casas quintas, componen el imaginario con que los viajeros e inmigrantes se hallaban una vez que se asomaban a ese otro lado que era y es la Chimba. Los vagabundos de ayer provenían de todas las direcciones, sí lo hacían desde el norte, entraban por el camino del Salto, vadeaban, cruzando Recoleta, hacia la Cañadilla. Desde ahí, llegaban al imponente puente Cal y Canto y lo cruzaban, sin dejar de notar los juegos que animaban los niños, los puestos comerciales ubicados en uno y otro lado del puente, las chinganas y cocinerías que se perdían de vista, mientras el caudal del río, las canciones y los lenguajes de los chimberos resonaban, impercepti-

bles, formando el esquivo eco que tanteamos hoy.

## DISCUSIÓN

Entre la Chimba y Santiago de Chile destaca la solapada construcción de miradas y rasgos socioculturales, económicos y religiosos modeladores de alteridad dentro de una sociedad segregada con claridad desde el periodo colonial. La Chimba se hizo lugar de los despojados, indios adscritos al sistema de dominación y españoles no tan enriquecidos asociados a actividades laborales rurales y artesanas. La Chimba se erige como una ciudad paralela, con señales y ritmos humanos propios, marcados por hitos naturales como el cerro Blanco y el río Mapocho, con problemas o preocupaciones propias como la conectividad, las inundaciones, el abastecimiento de los mercados demandantes dentro de un contexto permanente de migración que le otorgaron un carácter pluriétnico, migrante y popular.

La iglesia católica, institución hegemónica no sólo en lo valórico, sino también influyente en lo económico dará una impronta singular al lugar. La labor de las órdenes mendicantes y en particular de algunos de sus representantes constituirá una forma de fe más cercana a la gente sencilla, expresada en un fervor y devoción popular.

Por cierto quedan vacíos e inquietudes todavía por responder o por desarrollar de forma más profusa sobre los habitantes o las familias que poblaron la Chimba en su origen, una cartografía de la zona, el proceso que viven las cofradías y capellanías, las relaciones entre los diferentes grupos sociales que a veces como castas y otras como grupos cerrados con sentido de identidad se concentraron en ese espacio, los efectos del crecimiento urbano, el aumento del valor de la propiedad de la tierra, el proceso de transformación de las actividades laborales.

## AGRADECIMIENTO

El autor agradece la ayuda económica otorgada por el proyecto FONDECYT N° 1095083, titulado: "La Ciudad de los Otros Inmigrantes en territorios de frontera: la Chimba en el siglo XX", del cual proviene este trabajo. También agradece la tutoría de la profesora Francisca Márquez

## BIBLIOGRAFÍA

- Barrios, M. (2003). Presencia franciscana en Chile, sinopsis histórica 1553-2003. Ed. Alfabetá, Santiago. 379 pp.
- Barros D. (1930) Historia general de Chile Tomo I. Ed. Nascimento, Santiago, Chile. 451 pp.
- Bauer, A. (1994) La sociedad rural chilena: desde la conquista española hasta nuestros días. Ed. Andrés Bello, Santiago. 306 pp.
- Carmagnani, M. (1963) Salario Minero en Chile colonial, su desarrollo en una sociedad provincial el norte chico 1690-1800. Ed Universitaria. Santiago. 114 pp.
- Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. (1901) Actas del Cabildo de Santiago. Tomos LVIII y XXXV. Imprenta Elzeviriana. Santiago. 553 pp.
- De Bibar, G. (1966) Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile. Ed. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago. 366 pp.
- De La Camara, J. (1973) Vida ejemplar y maravillosa del venerable Fr. Pedro De Bardeci. Ediciones Paulinas, Santiago de Chile. 483 pp.
- De Ramón, A. (1961) La Institución de los Censos de los naturales de Chile (1570-1750). Revista Historia. 1: 47-94.
- De Ramón, A. (1981) Los censos y el desarrollo agrícola de la región central de Chile durante el siglo XVII. Una hipótesis de trabajo. Revista Historia. 16: 151-223.
- De Ramón, A. (2000) Santiago de Chile (1541-1991): Historia de una sociedad urbana. Editorial Sudamericana, Santiago. 287 pp.
- Góngora, M. (1970) Encomenderos y estancieros: estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile después de la conquista 1580-1660 Ed. Universitaria, Santiago. 243 pp.
- Guarda, G. (1968) La ciudad chilena del siglo XVIII. Centro editor de América Latina. Buenos Aires. 91 pp.
- Guarda, G. (1978) Historia urbana del reino de Chile. Ed. Andrés Bello. Santiago. 509 pp.

- Gómez, A. (2003) Imagen histórica de la ciudad de Santiago de Chile desde tiempos prehispánicos hasta la primera mitad del siglo XIX. 51 Congreso internacional de americanistas. Santiago. 29 pp.
- Horvitz, M. (1998) Las capellanías de misas: obligaciones privadas y públicas. Chile 1558-1914 Cuadernos de Historia. 18: 83-113.
- Iturriaga, R. (2001) Los Pechoños. Publicaciones Archivo franciscano N° 68, Santiago. 115 pp.
- Jara, A. (1961) El salario de los indios y los sesmos del oro en la tasa de Santillán. Centro de Investigaciones de Historia Americana, Universidad de Chile. Santiago. 120 pp.
- Mariño de Lobera, P. (1970) Crónica del reyno de Chile. Ed. Universitaria, Santiago. 115 pp.
- Mellafe, R. (1959) La Introducción de la esclavitud negra en Chile: tráfico y rutas. Ed. Universidad de Chile, Santiago. 293 pp.
- Muñoz, J. Retamal, J. & Celis, C. (1992) Familias fundadoras de Chile 1540-1600. Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1992. 827 pp.
- Ovalle, A. (1969). Histórica relación del reino de Chile Ed. Universitaria. Santiago. 677pp.
- Ramírez, R. (1985) Cuadernos históricos dominicanos n° 4 . Provincia de San Lorenzo Mártir. Santiago, 87 pp.
- Retamal, J. (2000) Testamentos de indios en Chile colonial: 1564-1801. Ril editores, Santiago. 280 pp.
- Rosales, A. (1948) La Chimba antigua, la cañadilla de Santiago (1541-1887). Editorial Difusión, Santiago de Chile. 95 pp.
- Rosales, D. (1989) Historia general del reino de Chile, Flandes indiano. Ediciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago. 119 pp.
- Salazar, G. (1998) Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX. Ed. Lom. Santiago de Chile. 334 pp.
- Sor Tadea (1892) Relación que hizo de la inundación del río Mapocho de la ciudad de Santiago de Chile en el Monasterio de las Carmelitas titular de San Rafael el día 17 de julio de 1783. Imprenta el Ferrocarril. Santiago. 22 pp.
- Vicuña, B. (1926) Historia crítica y social de la ciudad de Santiago 1541-1868. Tomo II Ed. Nascimento, Santiago. 509 pp.

---

Revisor: Amparo Gallegos

Revisado: Marzo 2011; Aceptado: Mayo 2011